

UNA TRAMPA PARA EUROPA

La invitación de los Estados Unidos —firmada por el presidente Nixon— a un grupo de países para celebrar una conferencia de consumidores de petróleo, tiene un carácter insólito y audaz. Además de los propios Estados Unidos, del Japón y del Canadá, los países europeos invitados son Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania Federal y Holanda. Esta invitación excluye, en primer lugar, a las otras cuatro naciones de la Comunidad Económica Europea —Bélgica, Dinamarca, Irlanda, Luxemburgo—; en segundo lugar, a las naciones europeas no pertenecientes a la Comunidad, pero, indudablemente, consumidoras de petróleo, sometidas a las restricciones y a la carestía como todas las demás. El pretexto de que los países convocados a Washington consumen por sí solos del 75 al 80 por 100 del petróleo mundial, y el de que esta conferencia es solamente preparatoria para otra mayor que, en un plazo más largo —ochenta días—, reuniría a todos los países interesados, especialmente los que están «en vías de desarrollo» —como dice el eufemismo—, no es suficiente. Kissinger ha querido salir al paso de muchas sospechas aludiendo a que no se trata de crear «un club cerrado reservado a los ricos». Pero las sospechas están vivas.

La primera, la de que se trata de un movimiento más de Estados Unidos para esgrimir su hegemonía del mundo occidental. A partir del momento de la utilización unilateral de las bases europeas para acudir en socorro de Israel y, después, de la alarma atómica no consultada —sino comunicada, con bastante retraso— a sus aliados de la OTAN, los Estados Unidos no cesan de dar esta impresión de nuevo dominio. El posterior desarrollo de la crisis le ha dado nuevas armas; ha mantenido el dólar, que se está convirtiendo de nuevo velozmente en moneda-patrón, mientras las monedas europeas están en riesgo y ofrece la ventaja de una economía con un futuro más saludable. Una reciente evaluación del precio de la gasolina en varios países —se está hablando del patrón-petróleo— mostraba que el galón americano —3,785 litros— se vende en Estados Unidos a un precio que oscila entre 0,55 y 0,65 dólares, mientras que en Suiza cuesta 0,85; en Gran Bretaña, 0,95; en Suecia, 0,98; en Austria, un dólar, en España y en Bélgica, 1,10; en Alemania Federal, 1,11; en Francia, 1,30; en Italia, 1,33, y en Grecia, 2,10 [evaluación del 11 de enero; puede haber habido variaciones posteriores como consecuencia de rectificaciones de precios y de la relación de las monedas nacionales con el dólar]. Los Estados Unidos han sufrido, por lo tanto, menos que ningún otro país y no sólo por la razón generalmente aducida de su producción propia y de la del continente americano, sino por algunas importaciones auxiliares enviadas por la Unión Soviética y porque existen vehementes sospechas de que las naciones árabes —con la excepción, parece, de Arabia Saudita— no han cumplido realmente su bloqueo a Estados Unidos; puede ocurrir que lo hayan continuado enviando por mediación de terceros países y mediante combinaciones de las grandes compañías internacionales. El crecimiento continuo de la sensación de que Estados Unidos han salido fortalecidos de esta crisis, sobre todo con respecto a sus aliados europeos, es tal que difícilmente puede creerse que haya sido solamente fruto de un conjunto de azares y de circunstancias imprevistas y puede comenzar a creerse en una gran maniobra. Lo cual viene a sumarse a la sucesión de misterios, de enigmas y de piezas que no concuerdan en todo lo que está pasando en el mundo a raíz de octubre de 1973.

La segunda razón —estrechamente relacionada con la anterior—, o la segunda sospecha de la razón de la invitación limitada, restrictiva, de Nixon a un grupo seleccionado de países, puede ser la de aumentar el sentido de disensión y de malestar entre los Nueve europeos. Hace ya bastante tiempo que se habla de la inquietud de los «pequeños» con respecto a los «grandes»; de cómo los países menores del Mercado Común están sospechando que los mayores desoyen sus intereses. Lo sucedido después de la crisis de energía ha parecido confirmarles en esta teoría. En Europa se ha oído un «sálvese el que pueda», cada uno de los países ha emprendido sus negociaciones propias con los países productores, los más afectados —como Holanda— no han recibido el socorro de los demás. Son precisamente los países pequeños los que han sido excluidos de esta conferencia —excepto Holanda, que, por otra parte, ha sido la más afectada por el bloqueo—, lo cual no hace más que aumentar su ansiedad. En la invitación que Nixon ha dirigido a Willy Brandt —diferente de las otras, en razón de que Alemania Occidental preside ahora, y hasta junio, la Comunidad— se dice que, si lo desea, puede representar, en bloque, los intereses de los Nueve. Los cuatro excluidos, por su experiencia, no se hacen muchas ilusiones acerca de cómo van a ser representados.

Naturalmente, no sólo los «pequeños» los que consideran con inquietud la conferencia de Washington. Japón y Canadá han respondido afirmativamente y, desde luego, Holanda, cuya situación no puede empeorar más, pero los otros «grandes» europeos vacilan. En primer lugar, han recibido ya algunas

advertencias de los países productores árabes en el sentido de que podrían tomar represalias sólo por el hecho de aceptar ir a Washington, que serían mucho más graves, hasta el bloqueo total, si las decisiones tomadas allí fuesen de tal naturaleza que pudieran burlar las represalias árabes para algunas naciones. En segundo lugar, está la desconfianza hacia Estados Unidos. Gran Bretaña, en una situación desesperada, en la que un apoyo económico de Estados Unidos —como en los viejos tiempos— le parecería muy deseable, es la más inclinada a aceptar. Alemania Federal no querría hacerlo sin un acuerdo total previo entre los Nueve. Italia está tratando de verse incluida en la lista de países favorecidos por los árabes y teme perder su ocasión. Francia es, de todas, la más reticente: Pompidou mantiene en pie el viejo desafío del general De Gaulle a Estados Unidos y tiene una situación privilegiada con respecto a los países árabes. Ninguna de estas naciones quiere perder el contacto directo con los árabes, supeditar sus relaciones bilaterales al acuerdo que pudiera —o no— contenerse en Washington. En la cual no se les promete, por ahora, nada, sino un cambio de puntos de vista: Kissinger ha advertido ya que no hay «ni la sombra de una respuesta» al problema del petróleo y que lo que se desea es escuchar sugerencias. Pero se teme que las sugerencias de los Estados Unidos sean las de firmeza frente a los países productores. Firmeza que fácilmente puede recomendar cuando tiene todavía la gasolina más barata del mundo occidental y está mejor defendida contra la escasez.

La envergadura de la maniobra se ve más cuándo se sabe que Nixon piensa venir a Europa, para presidir una sesión de la OTAN, hacia el mes de abril. Es una recuperación del viaje perdido el año pasado, «el año de Europa», que no fue oportuno, ni por la situación interior —Watergate— ni por la escasa receptividad europea hacia las propuestas reformas de la alianza. Una visita de Nixon a Europa —si Watergate se lo permite esta vez—, en plena división de los Nueve, con los efectos de la carestía del petróleo y de la inflación gravitando sobre todos —unos más, otros menos—, esgrimiendo, en cambio, su dólar fortalecido y su capacidad de árbitro, con la Unión Soviética, de una situación internacional compleja, tendría mucho de paseo triunfal. Su reforma de la alianza sería más impuesta que discutida, más implantada que aceptada. La nueva declaración y la visita de Nixon se harían coincidir con los veinticinco años de la fundación de la OTAN —el 4 de abril—, como una especie de operación de cirugía estética a la arrugada piel de la alianza.

¿CUAL es el punto de vista soviético sobre la situación? Parece que hay dos principales, los dos clásicos puntos de vista de todas las circunstancias y todos los países resumidos sumariamente en las expresiones «duro» y «blando». Como ya ha quedado comentado en alguna de estas páginas, Brejnev favorece esta situación como parte de la alianza global con los Estados Unidos, el reparto de influencias, las zonas de hegemonía, etcétera. Sería lo que se llama «un blando». Considerado a su vez como «un duro» por las crecientes formas contestatarias en el interior de la URSS y en los países de la zona de influencia, contestatarios que denuncian la coexistencia como una forma de afirmar el conservadurismo y el inmovilismo en el interior; no es necesario hacer concesiones en el interior —dicen— cuando no se está amenazado en el exterior. El grupo de los «duros», en cambio, estaría viendo una trampa en la coexistencia: una trampa tendida por los Estados Unidos para llevar a la URSS de concesión en concesión, explotando su miedo a China y su deseo de cambiar la sociedad socialista en otra de consumo —porque los «duros», como de costumbre ven la fórmula contraria a la antes expuesta: cuando no hay amenaza en el exterior, se relaja la vigilancia en el interior—, de forma que la URSS iría siendo, paulatinamente, cercada por los Estados Unidos, que podrían acabar con ella, y no sólo por vías armadas, cuando hubiese terminado su cerco. Por el momento, prevalece la política de Brejnev, con bastantes probabilidades de seguir adelante.

Lo cual tampoco ayuda nada a Europa. Aunque nunca haya pensado ningún dirigente europeo en un cambio brusco de alianzas, sí se ha pensado en una posición de «tercer mundo rico», en una neutralización —lo que se llama finlandización—, que permitiese obtener del mundo comunista algunas ventajas económicas en caso de distanciamiento europeo de los Estados Unidos. La Unión Soviética no parece, en estos momentos, favorecer o estimular esta posición, y Estados Unidos no permiten ni soñar en ella.

Es un mal momento para Europa. Por lo menos, para la Europa de los gobiernos y de las empresas independentistas. Ha caído en una gran maniobra envolvente que no ha previsto ni ha sabido evitar. Hay, sin embargo, muchos imprevistos pendientes. La caída de Nixon sigue siendo posible —aunque no sea tan posible la de Kissinger—, la zona mediterránea puede ofrecer muchas sorpresas y el desarrollo de la situación social en Europa puede también cambiar muchos gobiernos antes de que pase mucho tiempo.